

**Cartas a John McNeel, Editor del *Transactional Analysis Journal* y al Dr. Eric Berne**

*Fanita English*

(Publicado en *Transactional Analysis Journal*, vol. 11, nº 1, Enero 1981)

(Nota previa: En su libro *El análisis de juegos transaccionales: Un estudio empírico* (Uned, 2002), José Luis Martorell escribe lo siguiente: El uso de la palabra «racket» es propuesto por Berne para describir un determinado tipo de sentimiento. (En inglés, el término «racket» se usa para referirse a las extorsiones con que la Mafia recaudaba dinero de los comerciantes. Las traducciones al español han propuesto una serie de términos como «chantaje», «rebusque», «truco», «extorsión de sentimientos», «sentimiento favorito», «sentimiento sustitutivo» o «sentimiento aprendido», sin que ninguna de ellas, debido a sus imprecisiones o localismos, se haya impuesto, por lo que se tiende a mantener el término original inglés). Por eso, emplearemos el término «racket»).

**Resumen**

**Una nostálgica reminiscencia de la muerte de Eric y una expresión de pesar al no haber escrito cuando sucedió. La autora aprecia el significado de las contribuciones de Berne y el conflicto sentimental de modificar algunas de sus teorías.**

---

Querido John:

Algunas veces aparece una repentino fin total en un suceso: la muerte de Eric. "No podemos devolverle la vida". Con su muerte desaparecieron algunos de sus deseos, esperanzas y entusiasmos; y también deseos, esperanzas y entusiasmos de muchos de aquellos a los que nos dejó atrás. Hay un cuadro de Albright, en el Instituto de Arte de Chicago. Muestra una guirnalda dolorosa negra, colgando de una puerta; el título es: "Aquello que debería haber hecho y no hice". El lenguaje del AT deberíamos retitularlo: "Aquello que quise hacer y no..."

Sin embargo, algunas veces hay una nueva oportunidad para hacer algo que ya habías intentado hacer antes. Yo no escribí una carta póstuma a Eric en la edición del Memorial que siguió a su muerte, aunque quise hacerlo, y diseñé varias versiones en mi mente. Pero parte de la fobia de escribir que Eric me había curado revivió (¡qué palabra!) con su muerte y no hice *entonces* lo que quería hacer. Gracias, John, por darme la oportunidad de hacerlo ahora, diez años después, a pesar de intentarlo con algunas de las viejas publicaciones y quizá con alguna de las más nuevas, en la carta que sigue:

Querido doctor Berne:

Sí, Eric, permítame dirigirme a usted formalmente, porque es como Doctor Berne cuando usted me impresionó la primera vez, cuando yo cogí *Análisis Transaccional Psicoterapia* por casualidad. Yo era terapeuta en Chicago, al parecer tenía éxito, pero estaba perpleja e insatisfecha con mi trabajo. Siempre estaba verificándolo, con un consultor y después con otro. Decían que mi trabajo estaba bien y yo estaba impaciente o superansiosa o perfeccionista en el sentido de que tenía que haber un camino para una terapia que fuera más efectiva, rápida.

Leyendo su libro finalmente alcancé la respuesta. Muy motivada, conseguí su número de teléfono en la guía de San Francisco, y llamé - la primera vez que intenté contactar con un autor desconocido. ¡Y ahí estaba usted, al otro lado de la línea!. (Resultó que tuve la suficiente suerte para llamar el jueves, justo antes de que comenzara el Seminario; justo la única vez de la semana que yo podría encontrarle, porque vivía en Carmel).

«Nunca he venido a Chicago», fue lo que le dije tras su «Hola». Sí, en dos ocasiones fue la sorprendente respuesta en su camino a Nueva York. Si yo juntara cuatro o más terapeutas, usted se habría encontrado con nosotros por cincuenta dólares. Era en 1966 y yo creo que fue su primera reunión en los Estados Unidos fuera de California.

Tristemente, el gran evento fue un fracaso. Parecía que usted obtenía un malicioso placer en provocar la ira en cada uno de nosotros. En el momento en que yo estaba en demasiado desacuerdo para decir lo que iba mal, sólo encontré su triste comentario al final: "A pesar de que no les guste, no rechacen el AT. Consideren invitados a Kupfer y Goulding para un 101 (Curso introductorio sobre AT)." Nadie, excepto yo misma, en aquel pequeño grupo, deseaba continuar la idea, pero afortunadamente los Haimowitzes y otros iniciaron su propio contacto con California y yo tuve que participar en el primer 101 de Kupfer / Goulding.

Ello renovó mi gran interés sobre el AT, incluso cuando usted lo amargó tan profundamente.

Finalmente, pasé varios meses en Carmel para entrenarme con David (Kupfer) y Bob (allí conocía a Mary), y fue en Carmel donde le conocí a usted como Eric. Fue allí cuando nuestra amistad me permitió discutir con usted la pauta de sus transacciones en Chicago- y algunas similares en otras circunstancias de las que yo fui testigo con el tiempo. Yo sugerí (y usted no se mostró en desacuerdo) que usted había iniciado el juego que llamo *Lamentarán haberme pateado*. Los movimientos consistieron en provocar deliberadamente la ira del Niño Rebelde o del Padre Crítico de otros, dándoles entonces la oportunidad de mostrar cuán elegante era usted, (o quizás cuán vulnerable bajo su cáscara) o cómo, de otro modo, ellos le habían desestimado y no deberían haberle criticado o descartado. Pero ¿por qué?.

La manera en que lo formulé entonces, desde la perspectiva de su teoría del Juego, fue que la ganancia que usted quería recoger era dejar con un palmo de narices a los pomposos muñecos que le habían infravalorado: ¡finalmente, ellos lamentarían no

haber reconocido suficientemente el genio del Doctor Berne!. Efectivamente así fue, como yo y otro número de gente que yo conocía nos relacionamos con usted. Incluso en ese momento derramé lágrimas por no saber expresarle suficiente aprecio, mientras estaba vivo, por lo que era y por todo lo que obtuve de usted.

En los últimos años he tenido el atrevimiento de revisar su Teoría del Juego (y sus implicaciones con relación al Guión); así que permíteme, Eric, por mi presuntuosidad, pero quisiera analizar la pauta de aquellas transacciones perjudiciales suyas según mi teoría, más que según la Teoría del Juego, porque así tiene más sentido para mí. (He explicado detalladamente mi revisión en «No lo llamemos Guión cuando no lo es», publicado en *Transactional Analysis Journal*, en abril de 1979). Era un artículo difícil de escribir, sintiéndome desleal todo el tiempo, pero creo que si usted estuviera vivo podría convencerle de que tengo razón, porque usted creía en la revisión teórica al reunir más material clínico). Mi teoría amplía realmente su concepto original de que buscamos las caricias aquí y ahora, incluso las negativas, de acuerdo con pautas infantiles repetitivas (aunque, ahora, disfuncionales) a las que somos adictos (a esto es a lo que yo llamo «racketeering»). Al «rackets», unas personas «enganchan» a otras a darles caricias dentro de la transacción *diádica*, y es dentro de estas transacciones diádicas en las que las personas buscan las «ganancias», repetitivamente, más que a través de un dudoso supuesto pago interno que sigue a un cambio en el Estado del Ego, como proclama la Teoría del Juego. Cuando *hay* un cambio, se debe a una reacción biológica de Lucha/Huida ante la frustración en el momento en que las caricias continuas como ganancias o cesan de estar próximas, porque la otra persona está cruzando la transacción, o porque anticipa y teme su interrupción, y el «racketeer» “abandona antes de que le despidan”, es decir, cruza la transacción. En el «racketeering» subyace un «racket», expresado como sentimientos sustitutivos para los que el «racketeer» busca refuerzo (caricias) para mantenerlo.

Así que según mi propia teoría, tus transacciones las transacciones de usted que provocaron ira, representaban la manera en que usted empleó «rackets» para lograr caricias negativas y alimentó un «racket» de «sabelotodo» que sustituyó la ansiedad o el deseo de ser apreciado como «usted». A menudo yo vi, consternada, que usted trabajaba con un cruel sentido del humor y con invitaciones sarcásticas a obtener caricias negativas. Ahora interpreto estos hechos como sustituciones que aparecían siempre que las emociones relacionadas con la necesidad o suavidad o aprecio «amenazaban» con salir a la superficie. No sé cómo o por qué tal «racket» pudo originarse en su tierna infancia, pero puedo imaginar cómo fue reforzado. Suelo verle a usted como el delgado niño judío con gruesas gafas y una enorme nariz tratando de obtener el graduado en una escuela canadiense donde los chicos probablemente le animarían a mantener "un rígido labio superior" y donde los cerebros no importaban tanto como los músculos. Más que pasar desapercibido, usted buscaría «rackets» caricias negativas, fuera como fuera. Mi corazonada es que el pequeño Eric no tuvo las caricias positivas que ansiaba por su aspecto o por su intuición, o por su forma de ver el mundo como un "pequeño profesor", cuestionando las Nuevas Ropas del Emperador. La elegancia se convirtió en repelente sabiduría con la que los apoyos negativos estaban garantizados, y al menos era divertido conseguir que los otros se sintieran tan ridículos como para no burlarse la próxima vez, o para terminar sintiéndose culpables. Pero después, su «racket» le libró a usted de recibir y

de registrar muchos apoyos genuinos que *estaban* cercanos.

Con dolor, recuerdo un episodio que confirma lo anterior. Siguiendo una ponencia que había presentado usted en Monterey, le encontré a la salida y le mostré mi entusiasmo sobre el contenido. Usted puso una mirada inexpresiva y no encontró palabras para responder. En aquella época ya éramos amigos, así que pude hacerme cargo. Después de lo cual, usted dijo tristemente: «Si hubieras elogiado mi aspecto te habría contestado». Y se fue con la cabeza baja.

También recuerdo algunas de sus conductas provocadoras de «venganza». Sucedió después de que le presionara para que me dejara observar su tratamiento de grupo privado en Carmel, al que normalmente no se permitían visitas (al contrario que en los grupos de San Francisco). Finalmente un día accedió, consiguiendo el permiso de los miembros del grupo, cinco minutos antes, mientras yo esperaba fuera. "Están de acuerdo", me dijo, abriendo la puerta e invitándome a entrar. Entonces, le dijiste al grupo: "Ésta es la señora English, una terapeuta de Chicago, y hoy es ella quien dirigirá la sesión mientras yo observo". ¡Bang!. Ahí estaba yo!. Las opciones eran discutir, escaparme o (como hice) arreglármelas asustada y sin preparar, mientras usted estaba sentado en la esquina con cara de póker durante toda la sesión, evitando decir ni una sola palabra cuando le mencionaba directamente. Entonces, al final, fuera, con un brillo malicioso usted dijo, como si nada inesperado hubiera sucedido: "¡Bien, señora English, estaré contento de enviarle pacientes a Chicago en cuanto regrese!".

Sin embargo, usted empleó su causticidad para curar mi fobia de escribir, practicando una terapia, sin contrato, debo decir, por la que nunca estaré lo suficientemente agradecida.

A pesar del buen resultado de otras terapias, yo tenía una gran dificultad profesional por la fobia a escribir, lo que me evitó preparar un resumen de mi ponencia en una encuentro. Me urgió a presentarlo en la Reunión del verano de 1968. Mencioné mi teoría sobre el epiguión (que en aquella época llamaba antiguión). Usted insistió en que tenía que exponer un sumario escrito que luego aparecería publicado en el *Transactional Analysis Bulletin*, pero yo logré manipular el tiempo y las fechas límites para estar en la Reunión de Monterey sin haberlo preparado. La primera cosa que me usted me preguntó nada más llegar, fue «¿Dónde está el material escrito?». Poniendo mi mejor cara, le recordé mi fobia a escribir y le aseguré que de todos modos presentaría una buena ponencia. La sonrisa de bienvenida desapareció. Brevemente me dijo que no asistiría a la ponencia, aunque había planeado hacerlo. En realidad, usted quería que yo notase que usted aparecía dos veces paseando ante la puerta mientras yo estaba hablando, hasta que consiguió que yo le mirase y, entonces, se retiró. Y después de la ponencia, cuando estábamos cenando y Claude Steiner, que había asistido, habló favorablemente sobre mi ponencia, antes de que continuáramos con nuestro tema, usted le dijo fríamente que no le interesaba. Más tarde, en la piscina, cuando intenté discutir los asuntos con usted, me dijo que no discutiría ninguna otra teoría conmigo hasta que no la escribiera. En esa época yo estaba furiosa, pero un mes más tarde, en Chicago, de pronto me encontré a mí misma, escribiendo a máquina (también furiosa) y lo suficientemente segura, le envié a usted el

artículo del "Antiguión".

Su respuesta fue rápida, de nuevo positiva y negativa. Sugirió que el fenómeno llamado "Epiquiión" más que Antiguión, indicando que epi -fuera del centro- representaba mejor la idea de "patata caliente" que yo ofrecía. Alabó el concepto, pero criticó el escrito y usted mismo corrigió las primeras páginas del manuscrito, que me remitió. "Haz que un profesor de inglés revise todo", añadió. A esas alturas yo no me iba a desanimar- de hecho, la afirmación negativa me estimuló todavía mucho más. Estaba demasiado embebida en la experiencia de la fobia. Realmente yo había escrito el artículo chapucosamente, de manera que lo reescribí y se lo envié nuevamente con una carta indignada para hacer notar que no necesitaba ningún profesor de inglés para corregir mi estilo. Me publicó el artículo en octubre del 69, en el Boletín. Durante ese año hubo una gran comunicación entre nuestras ideas, tanto por carta como por conferencia telefónica, y fue una época emocionante. Estoy orgullosa de que usted me mandara capítulos del libro que estaba escribiendo, (publicado como *Hola*) y que considerara mis sugerencias). Estaba discutiendo con usted su concepto de Guión. Estuvo de acuerdo en algunas revisiones de la teoría. De hecho, la definición (de Guión) en *Hola*, publicada póstumamente, corresponde a alguno de los puntos que señalé entonces y que son diferentes de la más rápida definición del texto, que usted no llegó a revisar antes de su muerte). Durante el invierno, la primavera y el verano de 1970 estaba acumulando notas y datos clínicos pero discutí usted personalmente- íbamos a tener una serie de encuentros tras la Reunión de 1970.

Y entonces, de repente, usted se murió. La Conferencia tuvo una gran asistencia, la mayor hasta entonces, pero usted no estaba ahí. Y David Kupfer, quien todavía lograba sobrevivir, estaba amarillo y marchito por el cáncer que le mató un año después.

Usted no vivió lo suficiente para disfrutar el triunfo internacional de sus teorías y el crecimiento de la Asociación que fundó. Vivió para ver el comienzo. Recuerdo su enigmática intervención, en un almuerzo de la ITAA en 1969, cuando examinó la habitación llena de gente y descubrió que no conocía a nadie personalmente. «Quizá es hora de esconderse en el Barrio Chino y comenzar todo de nuevo con un pequeño grupo donde conozca a todos», dijiste. Sí, reconozco que resultaban difíciles para usted, Eric, el reconocimiento, la gratitud efusiva y ciertas emociones. El escepticismo que usted expresó ante ciertas manifestaciones emocionales me llevó a pensar sobre los «rackets» y distinguir entre sentimientos manifiestos «reales» y los igualmente «reales» (pero camuflados) sentimientos subyacentes expresados mediante sustitutos de «rackets».

Como el pequeño Gordy en el relato que usted escribió, usted empleó su navaja para cortar los nudos de mi fobia a escribir cuando otros habían fallado en desenredarlos. Por tanto, esto representó muchas emociones interrelacionadas. "Cura primero y analiza después", solía decir, y gracias a usted he llegado a escribir mis ideas mientras vivía e incluso, con más amplitud, tras su muerte. La curación se mantiene, aunque todavía sufro de la ansiedad que espera el «por qué». Sé que hay una conexión, a través del "pensamiento mágico" a mi "conclusión de supervivencia" que conecta lo escrito con la muerte. Además de mis sentimientos de pena y pérdida, cuando usted murió eso constituyó un refuerzo de mi "conclusión de amenaza- y también hubo refuerzos

posteriores-; con todo esto aún estoy luchando emocionalmente. Necesito ocuparme de los asuntos del "porqué", junto con sus emociones enredadas concurrentes, y frecuentemente he de ocuparme de estos asuntos una y otra vez, y desde muy diferentes ángulos, como he llegado a reconocer en mí misma y en la gente con la que trabajo. Usted no vivió lo suficiente como para involucrarse suficientemente en este dominio. Nuestra pérdida ha llevado a ciertos cambios en la teoría y práctica del AT, algunas de las que creo aprobaría y otras deben hacer que usted se remueva en su tumba.

Finalmente, lo que permanece es cómo nos catapultaste- individualmente, como en mi caso, o colectivamente, como en el caso de toda la organización, sus standards y su Revista- al camino creativo que continúa encabezando perspectivas siempre nuevas de la naturaleza humana. Eric, usted no cosechó el aprecio y los premios que merecía. Todavía, y tómelo en lo que vale, ahora, aunque esté muerto, le doy las gracias.

*Fanita English, MSW, CTM, es la fundadora y directora clínica del Instituto del Este para el Análisis Transaccional y Gestalt en Filadelfia. También participa dando conferencias en el extranjero, especialmente en Alemania, Suiza, Francia, Bélgica, España y México.*

Traducción de Miguel El-Mir Arnedo  
Licenciado en Ciencias de la Información